

La vida es como un sueño

Era medianoche. Las estrellas resplandecían en el cielo y la luna cegaba con su potente brillo. Nadie imaginaba los extraños sucesos que iban a ocurrir aquella noche.

Juan se despertó exhausto, no podía respirar, sentía una fuerte presión sobre su pecho. Había tenido una horrible pesadilla. Entonces el dolor fue cesando paulatinamente, hasta convertirse en una leve molestia y Juan pudo empezar a recordar lo que había soñado. En su sueño, había padecido todo tipo de calamidades, como un accidente de coche, en el que pierde a sus padres y a su hermano menor; un terremoto que derrumba su casa, por lo que, al vivir sin padres, se ve obligado a residir en un orfanato durante un tiempo; el dolor del rechazo de la persona amada; la discriminación del resto de las personas al salir del orfanato, al comprobar cómo viste, debido a su escaso dinero; el paso del tiempo y, finalmente, la fría daga de la muerte.

Por un momento, al recordar todas las cosas que habían pasado en su sueño, Juan empalideció y fue incapaz de articular palabra alguna. Pero recordó que, al fin y al cabo, todo había sido un sueño y no había de qué preocuparse. Pero Juan estaba equivocado. Al poco tiempo de despertarse, se vistió y preparó su cartera, como hubiese hecho cualquier otro día. Su madre preparó el desayuno para toda la familia, como solía hacer cada día, sin saber que esa sería la última vez que hiciera tal cosa. Cuando terminó de desayunar, Juan recogió la mesa y se preparó para ir al instituto. Pero entonces sucedió: una mano misteriosa empujó un sobre por el resquicio de la puerta. Juan, al ver lo sucedido, corrió hacia la puerta deseoso de saber quién se hallaba tras ella, pero, cuando la abrió, no encontró a nadie. Entonces, resignado, abrió el sobre. Era una carta dirigida a él en la que, con una letra clara y de una increíblemente buena caligrafía, un tal Mister X le anunciaba que todo lo que había soñado se iba a cumplir. Juan, sorprendido por lo que acababan de leer sus ojos, dejó caer el sobre al suelo y se desplomó en la primera silla que encontró a su alcance, esperando a que sus padres estuviesen preparados para llevarlos a su hermano y a él al instituto.

Minutos después, Juan se encontraba en el coche con su hermano y sus padres, de camino al instituto. No podía dejar de pensar en la carta que había recibido. Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando, de repente, un coche salió de una calle perpendicular a la carretera por la que circulaban, a toda velocidad, estampándose contra su coche y provocando que sus padres, que no llevaban el cinturón de seguridad, y su hermano, que tampoco lo llevaba e iba sentando detrás en el asiento de en medio, salieran despedidos a través del cristal. Juan fue el único superviviente, el único que llevaba el cinturón de seguridad puesto.

Juan estaba consternado, sus padres y su hermano estaban muertos. Se había cumplido la primera parte de su sueño y Juan no paraba de pensar en la carta que había recibido. ¿Quién podía saber lo que había soñado la noche anterior? ¿Por qué se estaba haciendo realidad su sueño? Por mucho que lo intentaba, no lograba descifrar la respuesta de estas preguntas y cada vez estaba más confundido. Se empezaron a oír ruidos en la casa, y ésta empezó a temblar. Ningún rincón de la casa se salvaba de aquellos temblores. Juan estaba asustado, quería salir de allí fuera como fuese pero entonces recordó que había dejado la carta sobre el suelo de la cocina, y se dispuso a ir en busca de ella. En cuanto Juan recuperó la carta decidió salir sin más dilación de su casa, ya que algunas partes del techo de ésta ya empezaban a derrumbarse. Juan salió a la calle y comprobó como su casa, en la que había vivido durante dieciséis años, se derrumbaba ante sus sorprendidos ojos. Se acaba de cumplir la siguiente parte de su sueño. Juan aún no podía creer lo que estaba sucediendo. Estaba soñando, no podía tener otra explicación.

Juan se había quedado sin hogar y, como no tenía más familia que sus padres y su hermano, a los que acababa de perder, acabó en un orfanato, tal y como había sucedido en su sueño. Allí pasó dos años, hasta que cumplió la mayoría de edad. Fueron los peores años de su vida, no se llegó a integrar en el orfanato, por lo que no hablaba con nadie, y no había día en que no pensara en sus padres y su hermano y en aquella maldita carta. Cuando Juan cumplió los dieciocho años, abandonó aquel infierno para intentar encontrar un trabajo con el que poder ganarse la vida y un lugar donde vivir. No tuvo mucho éxito durante los primeros meses, por lo que se vio obligado a recurrir a la mendicidad en las calles de su ciudad. La gente se quedaba mirándole al pasar, con gesto de superioridad, ignorando totalmente que necesitaba ayuda. Incluso sus amigos, o aquellos que alguna vez lo habían sido, hacían caso omiso a las condiciones en las que su amigo vivía.

Pasaron unos meses, muy duros y extremadamente difíciles, y Juan seguía sin dejar de pensar en su familia, en su sueño, y en aquel misterioso sobre. Juan sintió la necesidad de volver a leerlo, y descubrió, para su sorpresa, que había una pequeña posdata al final de la carta. Ésta decía que no podía contar a nadie lo que estaba ocurriendo y que no podía evitarlo. Cada vez estaba más afligido, abandonando toda esperanza de salir de la pesadilla en la que se había convertido su vida. Entonces la conoció. Era una chica muy guapa, amable, simpática y una de las mejores personas que Juan había conocido. Fue un amor a primera vista; desde que la vio por primera vez supo que estaban hechos el uno para el otro. Todo cambió, Juan estaba rebosante de alegría y se encontraba completamente satisfecho consigo mismo. Tanto era esto así, que se había olvidado completamente de su sueño y de aquella carta. Pasaron unos años y entonces, volvió a suceder. La novia de Juan lo abandonó, para irse con otro chico, argumentando que él era ya demasiado viejo y no podía darle lo

que ella quería. Juan recordó su sueño y la carta que había recibido y el mundo se le cayó encima. Había estado mucho tiempo sin plantearse la posibilidad de que su sueño siguiera haciéndose realidad pero, por lo visto, no iba a ser así.

Los siguientes años de la vida de Juan fueron oscuros y tristes, sin ninguna ilusión por la que vivir. Había abandonado toda esperanza de salir de ese extraño sueño que, por algún extraño motivo, estaba durando mucho más de lo que él hubiera deseado. Juan iba envejeciendo paulatinamente, embargado por el triste sentimiento de la soledad. No tenía ya esperanzas en formar una familia si quiera; si debía morir pronto, lo haría solo. Los años fueron pasando y Juan seguía sumido en una profunda tristeza. Ya no pensaba en la carta ni en su familia ni en nada. Sólo pensaba en cuánto tiempo seguiría viviendo. Entonces Juan empezó a notar un fuerte dolor sobre su pecho, era incesante e insufrible y entonces despertó.

Estaba sudando y respiraba con dificultad comprobando, lleno de sorpresa e incompreensión, que todo había sido un sueño. Miró a su alrededor; se encontraba en su habitación, la cual estaba exactamente como la había dejado antes de empezar a soñar. Desconcertado, se acordó de la carta y del tal Mister X, y se llenó de curiosidad por saber quién sería. De repente miró a la estantería de los libros y allí encontró uno que le llamó la atención, se titulaba Mister X. Entonces consiguió comprender lo que había pasado. Había leído aquel libro la noche anterior, un thriller de suspense que le encantaba, y había soñado que él era el protagonista del mismo. Todo había sido producto de su subconsciente. Juan se sonrió y empezó a prepararse para vivir otro día cualquiera.

Manuel López Noguera

2º PREMIO DE SEGUNDO CICLO DE LA ESO, MODALIDAD NARRATIVA